

(explícitamente el autor, sino que son deducidas por el lector conforme se va adentrando en la lectura, que verdaderamente resulta apasionante.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA.

Arteaga Falguera, Sor Cristina de la Cruz de: EL CARMELO DE GUADALAJARA Y SUS TRES AZUCENAS (*)

Cristina de Arteaga fue mujer poco común. Hija de los duques del Infantado, su posición social y su inteligencia le señalaban un destacado puesto en la vida española. Poetisa notable, doctora en Historia, oyó la llamada de Jesús y, dejando cuanto tenía —que era mucho—, le siguió.

Atender una vocación divina es siempre un misterio psicológico. Los postulados marxistas dan una respuesta muy simple: hombres y mujeres cambian el hambre y el arado por seguridad y consideraciones sociales e incluso por liderazgos y jerarquías. Sor Cristina de la Cruz es un tajante desmentido a ese falseamiento de la historia. Y bueno sería que alguien escribiera el inventario de todos aquellos sacerdotes, religiosos y religiosas que en este siglo xx entregaron, de momento, muchísimo más de lo que recibían. De lo que recibían a los ojos del mundo, naturalmente.

Muy lejos de mi propósito restar generosidades y entregas a las miles de almas que se dieron o se dan a Dios desde la pobreza. Su renuncia a cuanto ilusiona a los jóvenes de hoy sólo puede comprenderse desde una perspectiva de fe y de gracia. Pero me estoy refiriendo a aquel pasaje evangélico del joven rico que dejó triste a Jesús. Ya cumplía los mandamientos pero no se atrevió a ser perfecto. Cristina de Arteaga, como otros muchos, dejó todo por marchar tras el Maestro, por ser Cristina de la Cruz.

Ingresa en la orden jerónima donde se consagra a su restauración. Y, en julio de 1984, acudió al definitivo encuentro con el esposo tras una larga vida de trabajos y realizaciones. Hija adoptiva y medalla de oro de Granada, académica numeraria de Bellas Artes de Santa Isabel de Sevilla, académica correspondiente de la Historia..., muy poco después de su muerte ha aparecido este libro que ahora comentamos.

Tiene dos partes muy diferenciadas, aunque con un débil nexo de unión. Y pensamos que tal vez hubieran debido ser dos

(*) Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1985, 127 págs.

libros. La muerte de Sor Cristina, de la que consta se proponía ampliar la segunda parte, ha hecho que apareciera así.

La primea parte (págs. 12-68), es la historia del Carmelo de Guadalajara muy vinculado desde su origen a la familia de Sor Cristina, pues fue una fundación de la casa de Infantado y en él profesaron y fueron sepultados miembros de ella. Se trata de un trabajo histórico realizado por numerosas fotografías en blanco y negro y color.

Pues bien, en ese Carmelo cuya historia hemos seguido desde comienzos del siglo XVII, ingresaron el 12 de octubre de 1898 la hermana María del Pilar de San Francisco de Borja (1877-1936), el 2 de mayo de 1925, la hermana Teresa del Niño Jesús y San Juan de la Cruz (1909-1936) y el 14 de julio de 1939 la hermana María Angeles de San José (1905-1936): las tres carmelitas descalzas asesinadas en el trágico verano de 1936 y cuyo proceso de beatificación está en marcha.

Sor Cristina de la Cruz quiso incorporar a esta parte de su libro los documentos de la *positio*, pero la muerte se lo impidió. Lo que sin duda habrá perdido el libro en profundidad histórica lo ha ganado, en cambio, en sencillez y lozanía. Y resultará aleccionador para todos.

Tres mujeres que vivían consagradas a Dios en el ideal carmelitano, con la alegría propia, tantas veces increíble para el mundo, que tiene lugar en las casas de Santa Teresa, pero que tenían un clara premonición de martirio, aceptado por amor a Cristo.

Y frente a su inmenso amor, un odio desbordado a todo lo divino que ensangrentó las calles de Guadalajara con un crimen gratuito y extremadamente brutal. Que llevó directamente al cielo a tres almas que es de esperar pronto veneremos en los altares.

Seguro estoy que esta parte es la que más habrá de interesar a los lectores. Y de ella no brota la fría enseñanza de la historia, sino la cordial del amor y de la gracia, la que mueve los corazones y los empuja a la santidad.

Sor Cristina se habrá encontrado ya en el cielo con las tres religiosas. Que ellas, y todos y todas los que acudieron al encuentro de Cristo con la palma del martirio en aquella bárbara masacre de 1936 consigan de Jesús que vuelva a dirigir con amor sus ojos sobre esta España que fue la nación católica por excelencia para que, recobrados pulso y aliento, sea digna de su honor y de su historia.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA.